

no podía escaparse de los ataques de la impiedad. En tiempo de S. Gerónimo, Elvidio atacó la Virginitad de María, por lo que fué agoviado con respuestas tantas y tan perentorias, que hubieran hecho desaparecer su impiedad, si Dios no lo hubiera permitido para hacer más ostensible á todos los siglos la gloria de su Sma. Madre. Pero sucede con el error lo que con la corrupción, que mientras más antiguas es, engendra más gusanos; poco importan los más inconsecuentes absurdos que entrañe, pues todos los errores son buenos para sostener la mala fé. Necesario era pues, que halláramos en nuestros dias quien le disputara á María este título tan glorioso, despues de el de Madre de Dios. El protestantismo, este hijo de un fraile apóstata y de una monja que despues de haber roto los vínculos de su clausura fué infiel tambien á sus votos, es el primero que le acestó sus tiros. Condenado y refutado millares de veces, encuentra todavía auxiliares en los libre-pensadores de ahora, ó mejor en el pensamiento libertino de nuestros dias. Ved, si nó, como está reemplazada la relacion evangélica por las extravagancias más extrañas. Isabel, dicen, se dejó llevar del deseo de dar á luz un profeta, y lisonjeado su espíritu por tal idea, encuentra una cómplice en María. La aparicion del ángel no es mas que una manera de ocultar su desvergüenza: las dos madres combinan los papeles que sus hijos tienen que representar. Nos re-

pugna, ya se comprenderá, referir otras blasfemias á más de las dichas; pero como la impiedad no se nutre sino de el error, cayendo en la licencia, por eso ellas son inseparables. Nada pues más natural que hacer conocer la verdad, mostrando la falsedad y la nada de los sueños licenciosos de tales adversarios.

Todo lo que Dios ha hecho para formarse una madre en este mundo, desagrada grandemente á la escuela protestante y racionalista. "Semejante nacimiento dice Strauss, sería el más extraordinario desvío de las leyes naturales." Católicos como somos, no pretendemos lo contrario; pero precisamente porque es muy maravilloso y extraordinario este nacimiento de una Virgen, por esto no se lo atribuimos mas que á Dios. Y así como confesamos y admitimos el nacimiento del primer hombre y la primera mujer como maravillosos y extraordinarios, así este, porque él, y la creacion no nos parecen imposibles para Dios. Viniedo Dios á este mundo, podia y debia, nadie lo duda, hacer una entrada digna de El; y nada más digno que la exclusion del pecado y de todo lo que tuviera sombra de él, porque nada le desagrada tanto como el pecado: A sus ojos nada es más grande que la virtud. Y supuesto ésto, ¿se querria que desde su nacimiento, fuese como nosotros, concebido en la iniquidad y confundido con los pecadores?

[Continuará].

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

TOM. 3.

Guadalajara, Marzo 8 de 1882.

NUM. 39.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

ROMA.

Para ningun católico, siquiera se halle en los últimos confines de la tierra, puede ser indiferente el violento y triste estado á que ha sido reducido el Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, preso en su propia Sede, y vilipendiada su suprema autoridad en la misma ciudad que legítimamente ha poseido por tantos siglos, y que le pertenece exclusivamente por divina disposicion. Los hijos, donde quiera que estén, deben siempre interesarse en la suerte de su Padre, y tomar parte en su gloria ó abatimiento, en sus alegrías ó tristezas. Hoy pues, que nuestro Santísimo Padre pasa por tan angustiosa situacion, nos proponemos publicar en esta "Coleccion de Documentos Eclesiásticos," todo lo que á ella se relacione, á fin de que nuestros lec-

tores estén al corriente de los sucesos que tanto deben afectarnos, ó ya llorando en los dolores de la prueba, ó ya vislumbrando en un término más ó menos cercano, el triunfo espléndido que, por la milésima vez, y contra las combinaciones de la política y sabiduría humana, prepara la Divina Providencia á la Iglesia Católica y su augusto Jefe. Ahora publicamos la siguiente carta de Su Santidad dirigida á los redactores del "Siglo Futuro." Dice así:

A LOS AMADOS HIJOS CÁNDIDO NOCEDAL
Y RAMON NOCEDAL
Madrid.

LEON PP. XIII.

Amados hijos: Salud y apostólica bendicion.

Las nobles y férvidas palabras que vosotros, hijos amados, habeis querido dirigirnos el dia consagrado á las glorias de la Virgen Inmaculada, han llenado Nuestro ánimo de alegría y consuelo. Desde los tristísimos hechos de 13 de Julio Nos estamos de continuo recibiendo innumerables protestas que

de todos los ámbitos de España se elevan, como unánime grito de indignacion que brota del corazon de los hijos heridos en el honor de su Padre. Nos hemos leído sus conceptos llenos de piedad, de dolor, de entusiasmo, y con especial complacencia las hemos visto suscritas por millares y millares de firmas, estimando la espléndida manifestacion de la heredada fé y de los generosos sentimientos del pueblo español. Y como esta manifestacion fué para Nos motivo de aliento y esperanza, ya antes hemos significado toda nuestra gratitud; mas ahora Nos place renovar aquí el testimonio de nuestro paternal reconocimiento, impetrando una especial bendicion para todos y cada uno de estos nuestros hijos queridos, que no se olvidaron de su Padre en los dias de tristeza y desventura.

Que si la funesta noche del 13 de Julio causó ofensa al venerado cadáver de un glorioso Pontífice, tambien derramó luz siniestra sobre la tristísima condicion en que se encuentra el Vicario de Jesucristo. Y bien lo comprendísteis vosotros, queridos hijos, que habeis concebido el noble designio de promover en toda España una gran peregrinacion á la tumba de los santos apóstoles, para conducir cerca de Nos, con la guía de sus Pastores, una escogida falanje de hijos que tomen parte en nuestros dolores y Nos conforten con su afecto y con su presencia. Esta romería, de carácter pura y exclusivamente católico, tendrá por objeto

visitar los sepulcros de los Apóstoles y los santuarios de la capital del cristianismo, reavivar la piedad de los peregrinos, y dar prueba solemne de fé y adhesion á la Sede Apostólica. Tal designio, Nos regocijamos en anunciarlo, Nos será por todo extremo grato, y merece de nuestra parte alabanza y estímulo. Plenamente conocemos cuánta es la piedad, el amor, la veneracion de los españoles al Vicario de Jesucristo, y tenemos esperanza de que responderán con ardor á vuestro llamamiento, y conseguirán formar una romería que, por el número, por la piedad y por el fervor, rivalice con aquella que bajo los auspicios de Santa Teresa, acudió á Roma en 1876 y dejó cara y perdurable memoria. Con esta esperanza, y en el deseo de bendecir solemne y personalmente, junto á las santas cenizas del Príncipe de los Apóstoles, á Nuestros amados hijos de España, os concedemos de todo corazon á vosotros, á vuestra empresa, y á cuantos se os asocien, la Bendicion Apostólica, como prueba de Nuestra paternal benevolencia, presagio feliz de vuestro viaje y prenda de la divina proteccion.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el dia 25 de Diciembre de 1881.—Año cuarto de Nuestro Pontificado.

LEON PP. XIII.

de otro periódico de la misma procedencia tomamos lo siguiente:

Roma, 2 de Enero de 1882.

Las preocupaciones sobre la *cuestion romana* están muy léjos de calmarse aquí en la presa y en los círculos políticos y diplomáticos.

Todos conocen con unánime instinto que la situacion creada al Papa en Roma bajo el dominio de la revolucion, es enteramente imposible, anormal, insostenible por el Padre Santo é inadmisibile por el mundo católico.

Se comprende por otra parte, con igual instinto, por todos los hombres de buen sentido, que la solucion propuesta en los dos opúsculs anónimos *La situacion del Papa, etc*, *El Papa é Italia*, es una solucion no práctica, y en todo caso, no madura.

Además, la agitacion por la cuestion romana que se creía muerta y sepultada por los liberales, es hoy más viva que nunca; esta agitacion continúa y se aumenta.

¿Quién la ha suscitado verdaderamente?

¿Hay algo de grave y de real en esta agitacion?

Hé aquí dos preguntas, á las cuales debe saber responder un corresponsal de Roma con alguna exactitud y con conocimiento de causa. Y yo lo probaré.

Ante todo, creo sumamente importante hacer notar á vd. que ni el Padre Santo, ni su Secretario de Estado, ni

la parte católica en general, han hecho nada para suscitar la agitacion actual respecto de la cuestion romana. El verdadero responsable de haber despertado la cuestion romana y de la agitacion que á esto ha seguido, es el gobierno italiano que dejó cometer las infamias de la noche del 13 de Julio, que permitió y toleró, hasta hacerse cómplice, aquellas otras infamias que se llamaron "*meetings* contra las garantías;" que permitió la constitucion de los *círculos anti clericales*, y que, no haciendo observar la ley de imprenta, permitió y permite todavía que su prensa periódica, mas que obscena, vomite todos los dias los más soeces y villanos insultos contra Dios, contra la Iglesia y contra el Papa.

El Padre Santo, naturalmente no podia callar ante este estado horrendo de cosas, y en vista del peor que se prepara, no ya contra su autoridad de soberano temporal, sino más vivamente contra su espiritual autoridad y contra la Iglesia de Jesucristo, á la cual se declara ahora abiertamente una guerra satánica, y contra la que se convocará este año un Congreso general masónico en Roma.

Mientras que por la revolucion cosmopolita se están organizando estos aparatos de guerra contra el Catolicismo y su augusto Jefe, el príncipe de Bismarck declara que quiere una paz honrosa con la Iglesia Católica, y que restablecerá las relaciones diplomáticas entre el reino de Prusia y la Santa Se-

de. Sus periódicos oficiosos van allá y creen que verdaderamente es necesario reglar mejor la situación del Papa en Roma hecha capital del reino de Italia.

De aquí nace toda la agitación presente, á la cual, como se ve, no ha dado en verdad impulso directo el Papa; ni en ella han tomado parte, sino débilmente y con muchas reservas, los periódicos católicos italianos.

No hay para qué examinar qué intenciones puramente políticas pueden haber inducido al príncipe canciller de Alemania á adoptar la actitud que ha tomado.

Todos lo ven fácilmente, aunque no estén todos en estado de precisarlo. Pero aquí se comprende el fondo de la acción del Sr. de Bismarck; y en el Vaticano no se forjan ilusiones hoy, como no se forjaron ayer; por el Vaticano se impulsa ahora á ningún Gabinete extranjero á una acción que, desgraciadamente, las circunstancias presentes hacen poco posible.

La Iglesia católica espera; y puede esperar, porque es eterna.

Mas ¿de qué procedió que una palabra, una simple palabra de Bismarck, no hostil para el Papa, como en lo pasado, pueda haber promovido tanta y tan grave agitación en toda Europa?

Creo que ha sucedido esto porque el canciller germánico ha sabido hábilmente y en tiempo oportuno tocar una cuerda sensible para todos; ó, en otros términos, porque ha puesto propiamente el dedo en la gran llaga social,

por la cual sufre ahora toda Europa. El príncipe de Bismarck ha hecho entender—y á esto solo soy inducido á prestar fé—que quiere inaugurar una política conservadora en Alemania, con el deseo natural de verla inaugurada en los demás países, incluso Italia, donde, si se dá un paso más, se llega á la república. Por lo tanto, es natural que, si más tarde ó más temprano se empieza á querer que reine en Europa semejante política, se hallará que la primera de todas las naciones que se halla fuera de ella es precisamente este reino de Italia, que oprimiendo á la Iglesia y teniendo bajo hostil dominación á su Jefe, trata de sofocar el sumo principio de conservación social; este reino de Italia, que tiene por única base el principio revolucionario, tal vez más que en ningún estado de Europa.

Y hé aquí por qué en Italia el gobierno, el Parlamento y la prensa liberal se han conmovido profundamente por las declaraciones del príncipe de Bismarck, y confiesan que el reino de Italia no se ha hallado nunca en tan crítica situación como ahora.

SECCION III.—Variedades.

De la Virginidad de María.

(Continúa.)

No, para romper nuestras cadenas, Jesucriste no debía estar cautivo como

nosotros; el pecado y la concupiscencia son los dos males de que vino á librar-nos, repeliendo el pecado, y no sufriendo los ataques de la concupiscencia. Si hubiera nacido como nosotros, habría tenido una carne de pecado; su propio cuerpo le habría desagradado, y habría sido una continua ofensa á la pureza de sus miradas. Tomando la humanidad en su pureza primitiva, no podría nacer de una manera ordinaria; el principio de su cuerpo debía venir del cielo; luego la que debía ser su madre debía ser digna de El; y sin tal prerrogativa, sin tal honor, no podría ser digna de tal título.

Todo lo que vemos como grande, es de muy poca importancia, porque ninguna grandeza de la tierra nos puede elevar hacia el cielo. Jesús dá á su madre la pureza y la virtud que tanto aproximan á Dios, la sola verdadera grandeza. María no engendra en la concupiscencia; la pureza nativa é inmaculada de su alma la preserva de aquella ley pronunciada contra todas las hijas de Eva: Engendrareis en el dolor. Jesús es Dios; luego tratándose de su madre, debía seguir con ella una conducta digna de un Dios. Que ciertos hombres no admitan esto, no nos sorprende; pero también no por eso tienen derecho para juzgar á Dios según sus débiles luces y limitado entendimiento; su deber al contrario, es adorar las vías de la Providencia, y considerarse muy felices porque Dios se haya dignado revelarse á nosotros con

tantas luces, y acomodarse á nuestra debilidad con tanta bondad. No es la obra quien ha de juzgar de su autor, y en consecuencia, no es la criatura la que ha de juzgar las obras del Creador. ¿Qué son los hombres en presencia de Dios, qué es la inteligencia limitada de ellos al lado de la Sabiduría increada? Y no obstante esto, ved que espíritus más temerarios que instruidos, más perversos que religiosos, se arrojan el derecho de negar y disputar sobre el poder y las obras de Dios las más admirables, porque no les placen, porque no encuentran ó no pueden encontrar la conveniencia en ellas y ver su belleza; y ved por qué en su furor antireligioso se ponen á torcer el sentido de las Escrituras, persuadiéndose que ellos, esos pigmeos microscópicos encontraron y hallaron lo que las observaciones más concienzudas y delicadas no descubrieron en el trascurso de diez y ocho siglos. Titulándose doctores é intérpretes de las SS. Escrituras y de la tradición, la dan por ser los más cuidadosos y minuciosos; pero según sus resultados se vé que no leen sino para encontrar lo que el autor nunca se propuso decir. María no permaneció Virgen, dicen ellos; pues que después de haber tenido á Jesús, el Evangelio dice que tuvo otros hijos, supuesto que dice que Jesús fué el primogénito de María: *Peperit filium suum primogenitum.*

No es necesario poseer una vasta erudición para saber que primogénito